

Prácticas de la fe

Vidas en la fe

Una perspectiva luterana sobre las prácticas de la fe

Por: Dra. Martha E. Stortz, Profesora de Teología Histórica y Ética, Pacific Lutheran Seminary, Berkeley, California

Introducción: una conversación

“¿Eres tú un cristiano practicante?”, me preguntó un amigo en el curso de una conversación. “No”, le contesté riendo, “No necesito practicar, pues lo hago bien desde el principio”. La verdad es que necesito toda la práctica que pueda tener. “Hacerlo bien desde el principio” es precisamente la manera incorrecta de entender la fe. La fe es más cuestión de “tratar de alcanzar” que de “haber alcanzado.” El filósofo norteamericano de la religión H. Ricardo Niebuhr lo dice de esta manera:

“Mientras estábamos buscando alguien bueno para amar, alguien bueno nos encontró a nosotros y nos amó”.¹ Las

palabras del típico himno norteamericano (LLC 437) “Sublime Gracia” pone esta verdad en letra y música: “perdido andaba, él me halló...” De la misma manera que un barco perdido dispara señales de luces de bengala para ser encontrado. *¿Cuáles son las prácticas de la fe de los cristianos practicantes?*

¿Existe una perspectiva únicamente luterana en ellas? ¿Cuáles son las prácticas de la fe que nos van a dirigir como iglesia en este nuevo milenio?

*¿Qué significa para usted el término “prácticas de la fe”?
¿Cómo definiría usted las prácticas de la fe?*

Prácticas de la fe: lo que son y lo que hacen

Las prácticas son formadas por Dios y a su vez formadoras del modo de vida divino. Estas prácticas salen de las Escrituras pero se viven en el mundo. Para aquellos que quieran ser parte de este modo de vida llamado “cristiano”, las prácticas de la fe describen los tipos de actitudes y acciones que constituyen esa vida.

Las prácticas de la fe confieren identidad

A pesar de que las prácticas parecen decirnos lo que debemos hacer, en realidad nos dicen quiénes debemos ser. Ellas nos confieren identidad. Una vez, un grupo de jóvenes le preguntó al Arzobispo Rembert Weakland, qué significaba ser católico, y él les respondió: “Vayan a misa todos los domingos, y den de comer a los desamparados y sabrán lo que significa ser católico.” No les recomendó leer a Sto. Tomás de Aquino o la lectura de la última encíclica papal, ni les recomendó la lectura del Catecismo de Baltimore. Sólo les recomendó que se comprometieran con una disciplina regular y se mantuvieran firmes en ella a pesar de cómo se sintieran. Les invitó a que se sumergieran en una de esas actividades formadas por Dios y formadoras del modo de vida que son centrales a la fe. Así es como ellos sabrían lo que significa ser católico.

*Si alguien le pregunta “¿qué significa ser cristiano?”
¿Cómo usted le respondería?*

Como actividades formadoras y a la forma de Dios, las prácticas de la fe tienen dos vertientes: nos introducen dentro de una tradición y nos sirven como la cara de esa tradición en el mundo. Debido a que nos introducen dentro de una tradición, las prácticas nos ayudan a saber quiénes somos: nos identificamos como el pueblo que hace este tipo de cosas. Por ejemplo, un amigo que es escritor, es escritor porque hace las cosas que hacen los escritores. Se hizo escritor al vivir la disciplina de escribir todos los días, independientemente de si se sentía con deseos de escribir o se sentía inspirado. Cuando, por circunstancias particulares, no podía sentarse a escribir, se sentía frustrado y se preguntaba quién era él realmente.

¿Qué significa para usted “madurar” en la fe? ¿Cómo se produce esa madurez?

Soy cristiano. Parte de la razón por la que sé que soy cristiano es porque hago las cosas que hacen los cristianos: voy a la iglesia, estudio las escrituras, oro por mi prójimo. Estas prácticas no son experiencias para sentirse en la cima del mundo—en realidad, raramente lo son. Lo cotidiano de la práctica de la fe no es algo que entusiasme a todos. Ciertamente así le sucedió al joven que abandonó su iglesia de la infancia porque “allí no hacían nada por mí que me interesara”. ¡Si le hubiera dado a su fe de la infancia una oportunidad de madurar! Tratar de ajustar la fe de un infante a la experiencia madura de vida, es como tratar de poner un pie adulto en un botincito de bebé. Quizás San Pablo se estaba refiriendo a esto cuando escribió en su carta a los Corintios: “Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; cuando llegué a ser adulto, dejé atrás las cosas de niño.” (1 de Corintios 13:11). ¿Será la pregunta “Qué es lo que esto puede hacer por mí”, la pregunta correcta? Más que hacer algo por nosotros, el vivir nuestra fe en la práctica con el transcurso del tiempo, de una manera comprometida y disciplinada, hace algo en nosotros. Más importante, las prácticas de la fe nos conducen por el camino de vida llamado “cristiano”. A medida que profundizamos, el Espíritu

usa esas prácticas de la fe para hacernos madurar en nuestra fe. A través de las prácticas, una tradición se hace parte de nosotros entrando en nuestro corazón, mente, alma y espíritu. Las prácticas proveen el terreno fértil para una continua experiencia religiosa de por vida.

Las prácticas de la fe sirven también como el rostro público de la tradición en el mundo. No sólo nos identifican a nosotros mismos, sino que también nos identifican con relación a otros. En la campaña por los derechos civiles de los afroamericanos en los años 50, Martin Luther King no trató de hablar con un lenguaje religioso que encubriera su crianza particular. Nadie hubiese recordado palabras como: “Tengo una idea que me gustaría compartir con ustedes...” La visión de King fue más que una “idea”, era un “sueño”. Detrás de ese sueño estaban las palabras del profeta Joel, para quienes tuvieran oídos para oír:

*Después de esto, derramaré mi Espíritu
Sobre todo el género humano.
Los hijos y las hijas de ustedes
profetizarán,
Tendrán sueños los ancianos
Y visiones los jóvenes.*

*En esos días derramaré mi Espíritu
Aún sobre los siervos y las siervas.*

Joel 2:28-29

Martin Luther King habló con las imágenes y metáforas particulares de su tradición. El habló en su lengua materna, y él tenía un primer lenguaje religiosamente tutoriado que podía utilizar. El lenguaje de la fe expresaba sus más profundas convicciones y le proporcionaba imágenes concretas que se han comunicado más allá de las tradiciones. King no hablaba acerca de la opresión en términos generales, o de la esperanza como algo abstracto. Por el contrario, utilizando imágenes bíblicas particulares, él hablaba concretamente acerca de lo que

¿Cómo se evidencia el “lenguaje de su fe” en su vida? ¿En la vida de su congregación? ¿De qué manera los niños aprenden ese lenguaje?

lo aprisionaba como un hombre negro, expresando sus esperanzas para sus hijos en la mitad del siglo XX en los Estados Unidos de Norte América. Al sacar imágenes y metáforas directamente de la Biblia, King ayudaba a la gente a relacionarlas con las opresiones y ahnelos en sus propias vidas.

Nosotros necesitamos darle a nuestros hijos no menos que ésto. Ellos no necesitan la libertad para elegir sus propias prácticas de la fe religiosa; ellos necesitan un primer lenguaje de fe. Si ellos no poseen un lenguaje que exprese las experiencias religiosas, entonces van a tener problemas identificándose con ellas. Después de todo sería como pedirle a un niño del desierto que tratara de describir la nieve. ¿Por qué necesitaría hacerlo?

Aparte de traernos a una tradición y de servir como la cara al mundo, las prácticas de la fe hacen varias cosas más:

Las prácticas de la fe reflejan y definen nuestras relaciones

El cristianismo no se trata primeramente de la aceptación de doctrinas o el cumplimiento de ciertas obligaciones—aunque ciertamente éstas son parte de nuestra vida de fe. El cristianismo se trata primordialmente de estar en una relación. Todo lo demás le sigue a continuación.

Por su gran conocimiento sobre las relaciones humanas, San Agustín, conocido por ser un incansable buscador, se preguntaba cómo fue posible que hubiese pasado por alto ésto. En su autobiografía analiza las altas y bajas de una vida de riquezas. Así descubrió que en los momentos en que había tratado de apegarse a las grandes ideas—la verdad, la belleza y el bien—ya él había sido encontrado. Él buscaba “algo” y fue encontrado por “alguien”.

Esta relación con Alguien no es una línea de emergencia a lo sagrado. Más bien le da for-

ma y sentido a todas las demás relaciones en nuestra vida. El Gran Mandamiento dice: “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente... y, “Ama a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:27,39). Este mandamiento nos describe una relación triple hecha de un amor que incluye a Dios, a uno mismo y a la comunidad. Cuando una pata de este trípode se debilita, se derrumba toda la pirámide.

Esta tríada—Dios, uno mismo y la comunidad—define nuestras prácticas religiosas. Si la relación con Dios se deja afuera, entonces las prácticas se reducen a meras actividades de grupo. Todas las acciones que excluyen a Dios pierden su propósito y simplemente se encaminan para crear lo sagrado en las formas humanas. Si se elimina la relación de amor a “sí mismo”, las prácticas se convierten en ejercicios de falsa humildad y en un martirio de fabricación casera. El autosacrificio, una de las virtudes claves en muchas tradiciones religiosas, sólo funciona cuando hay un valorado y valioso “ser propio” que ofrecer libremente a los demás. Si la parte de la comunidad se evapora, las prácticas se convierten en experimentos que nos hacen vagar por la espiritualidad privada. La presencia de la comunidad es absolutamente esencial para discernir lo espiritual, para dar validez a las prácticas y para expandir nuestra visión espiritual, de lo contrario esa visión se convertiría en miope o turbia.

¿Qué evidencias de la relación triple puede usted ver en sus propias acciones de fe? ¿Y cuáles en las acciones de su congregación?

¿Qué significa para usted decir que no ha encontrado a Dios, sino que ha sido encontrado por Dios?

Las prácticas de la fe enseñan y entrenan las emociones

Tome por ejemplo, una práctica cultural tan honrada por el tiempo como la de mirar la televisión y fijese en el impacto que ésta tiene sobre las emociones. Sintonicé los programas infantiles de los sábados por la mañana, el tiempo destinado a la audiencia infantil, y fijese en el tipo de sentimientos que provocan. Una clase de

cuarto grado en Portland, Oregon, estuvo tomando notas sobre los actos de violencia (bien fuera un golpe, un tiro o algo similar) y descubrieron que hay un promedio de un acto violento cada sesenta segundos. ¿Qué tipo de emociones evoca? La respuesta nos da escalofríos: miedo, agresión, insensibilidad a la violencia y un deseo de más violencia todavía. Estas prácticas tienen el potencial de transformar o deformar las emociones. De la misma manera en que los tendones conectan hueso con hueso, las emociones conectan a las personas con otras personas. Las emociones son el tejido conectivo de la sociedad humana. Dependiendo de cómo están entrenadas pueden ser constructivas o destructivas.

Las prácticas de la fe entrenan nuestras emociones conforme a Dios y permiten que Dios siga dando forma a nuestra vida. Por esta razón el monje del siglo VI, abate Benedicto de Nursia, recomendó la práctica diaria de hacer oraciones en común y en voz alta. Durante la semana de oración los monjes oraban el Libro de los Salmos en su totalidad. Imagínese el impacto que estas prácticas pueden haber tenido sobre sus emociones y piense en las emociones que pueden haber evocado. Los salmistas pintaron con una rica paleta emocional que incluía toda la gama de colores del arco iris. Siempre hay lugar para todo en nuestra relación con Dios: alegría y desesperación, consuelo y abandono, juicio y misericordia. Leyendo los salmos permitimos que la palabra nos traiga sus colores, extrayendo los matices de nuestra experiencia con Dios y con nuestro prójimo. Nos encontramos con un espectro de colores emocionales que no podríamos por nosotros mismos elegir o expandir.

*¿Cómo ven las emociones entrenadas por la experiencia?
¿Han visto emociones entrenadas por la oración?*

Las prácticas de la fe están compenetradas en nuestras tradiciones

Las prácticas de la fe se transmiten en el tiempo; son parte de nuestra comunidad y nuestra historia. Como cristianos no necesitamos transitar la semana santa o el adviento preguntándonos: “¿Qué es lo que vamos a hacer este año?” Las celebraciones en la congregación siguen un patrón flexible que los creyentes han seguido por siglos. Al seguir estas huellas, nos hacemos parte de estas tradiciones perpetuadas en el tiempo y en el espacio.

En el trasfondo de las prácticas de la fe están las Escrituras; en su entorno se encuentran las enseñanzas de la iglesia y sus doctrinas. Cada una de ellas es críticamente importante para darle forma y dirección a las prácticas. Las Escrituras dan forma a la fe tanto como a su práctica. Los cristianos pueden encontrar el fundamento de la práctica del bautismo en el mandamiento de Jesús; las Escrituras dan forma a las prácticas. Pero si las Escrituras dan forma a las prácticas, también decimos que las dirigen. Las doctrinas de la iglesia nos proveen un cierto marco referencial de la fe; las prácticas de la fe nos muestran cómo caminar dentro de ese marco. Las prácticas nos permiten vivir la fe en palabra y acción. Hay una relación de ida y vuelta entre las doctrinas y las prácticas. Sin las enseñanzas de la iglesia, las prácticas son vacías y sin sentido. Las podemos realizar por hábito o rutina, pero nos va a ser difícil entender para qué son. Sin las prácticas, por otro lado, las doctrinas son meras elucubraciones mentales. Podemos seguirlas de la boca para afuera, pero no van a ser parte del cuerpo del creyente o de la comunidad.

¿Cómo entiende usted que la “práctica” de la adoración semanal ha recibido su forma de las Escrituras y de las enseñanzas de la iglesia?

La interacción entre las enseñanzas y las Escrituras pueden sugerirnos ciertos cambios en las prácticas. Muchas iglesias protestantes encontraron que la práctica acostumbrada de ordenar solamente a los hombres, estaba en contra-

dicción con la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes. Visto desde el punto de vista de San Pablo, a la luz de lo establecido en Gálatas es claro que en Cristo “Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer...” (3:28), esa enseñanza ha forzado a re-examinar la costumbre de sólo ordenar a los hombres.

Las prácticas de la fe nos entrenan en la manera en que miramos al mundo

Las prácticas de la fe se convierten en “ejercicios oculares”, por los cuales el Espíritu corrige nuestra visión, alineando nuestros ojos en comunión con Dios. Esta “nueva visión”, no tiene un fin en sí mismo, sino que es un don. Uno puede leer las obras de Aristóteles sin darse cuenta que existía gente pobre en la ciudad de Atenas. Eran simplemente invisibles para él. Pero si la visión de Aristóteles hubiera sido corregida por el lente de la Escritura, entonces él no hubiera perdido de vista a “la viuda, el huérfano y los extranjeros en tu tierra.”

En resumen, las prácticas de la fe están formadas por Dios y dan forma a las actividades que componen nuestra vida. Nos dan identidad para nosotros y ante los demás. Reflejan y mantienen relaciones entre Dios, nosotros mismos y la comunidad. Nos enseñan las emociones. Están profundamente arraigadas en nuestras tradiciones. Nos dan el don de una visión nueva, cambiando la manera en que nos vemos a nosotros mismos y que vemos todo lo que nos rodea. Y cuando las prácticas de la fe son ejercitadas fielmente, nos dan un equilibrio entre lo individual y lo comunitario. Las prácticas de la fe no son actividades que elegimos realizar, sino por el contrario, si la hacemos de una forma disciplinada y regular, con el tiempo nos eligen a nosotros. Las prácticas de la fe nos sumergen en nuestras tradiciones—lo cual es una expresión concreta de la fe.

¿Qué significa para usted tener los “ojos de la fe”? ¿Qué es lo que nos ayuda a ver?

Todas las prácticas de la fe reflejan y alimentan una conexión con Dios que nos ha sido revelada en Jesucristo: todos tenemos como meta nuestra comunión con Dios, y cada uno posee dones dados por gracia. Como respuesta a un curso en el que se requería que los estudiantes se comprometieran a una práctica diaria de la fe, una estudiante eligió la oración; en particular, orar por sus enemigos. Luego ella confesó que usaba esta oración con un fin premeditado. Ella quería obtener ciertos beneficios: un mejor entendimiento, mejores relaciones y alguna medida de compasión.

Luego de un cierto tiempo, la práctica en sí misma tuvo un efecto inesperado en ella. Fue duro darse cuenta que se veía a sí misma como una enemiga de Dios, y que tenía una capacidad para generar sentimientos enfermizos hacia las criaturas de Dios. A medida que se adentraba en su práctica de orar por sus enemigos, se encontró que otras prácticas cobraban un sentido nuevo y diferente: le hacían comprender la gracia del perdón en el orden de la confesión y la absolución, y la generosidad de la Santa Cena. Los eruditos hablan de la unidad de las virtudes; hay también una unidad en las prácticas de la fe. Todas ellas convergen, porque todas conducen al don del Espíritu que es la comunión con Dios.

¿De qué manera ha sido usted formado por las prácticas de la fe? ¿Cómo ha identificado usted y ha sido usted identificado por esas prácticas?

Las prácticas de la fe como “Marcas de la Iglesia”

El espectro de las obras de mérito propio

Los luteranos han sido renuentes en enseñar prácticas espirituales o disciplina. Cualquier cosa hecha de manera regular suena como si tratáramos de alcanzar la salvación a través de las buenas obras. No obstante, una y otra vez Martín Lutero exhortaba a quienes lo escuchaban a que practicasen la fe. Lo que él identificó como las “marcas de la iglesia” no eran ni más ni menos que las actividades a la forma de Dios y formadas por Dios que han sido dadas a los cristianos para que vivan en el mundo. Para Lutero esas prácticas giran alrededor de la predicación y el escuchar con atención a la Palabra, como si fueran planetas girando alrededor del sol: bautizar y hacer nuevos cristianos; compartir la Santa Cena; perdonar y pedir perdón; ordenar y comisionar líderes; orar, alabar, enseñar la fe a la gente; hacer discípulos o seguir el camino de la cruz.ⁱⁱ Estas “marcas de la iglesia” señalan donde puede ser encontrada la iglesia en el mundo; dicen “qué, quién, y dónde” está la iglesia.

Acuérdese del canto de Taize: Ubi caritas et amor, Deus ibi est. “Donde hay amor, allí está Dios.” Quizás podríamos alterarlo un poco para que lo que decía Lutero, quede aún más claro: Donde están los bautizados, allí está la iglesia. Donde hay gente enseñando, allí está la iglesia. Donde la gente está escuchando la Palabra de Dios, allí está la iglesia. Estas prácticas centrales de la fe localizan al cuerpo de Cristo en el mundo. No son los únicos lugares donde Cristo está presente, pero al asumir esas prácticas aprendemos a reconocer a Cristo cuando él está presente. Aprendemos a discernir al cuerpo de Cristo en el mundo.

¿Cómo encuentra a Dios en su vida? Para usted, ¿dónde está el “cuerpo de Cristo”?

Al salir de las prácticas básicas de la fe, encontramos prácticas secundarias orbitando las prácticas centrales: al casar y sepultar, confirmar, bendecir la comida, recordar a los muertos, al cantar bien y de corazón.ⁱⁱⁱ En algún lugar, en órbitas más alejadas de este universo de las prácticas de la fe, podemos localizar las tradiciones honradas por el tiempo como la hora del café después de nuestras celebraciones litúrgicas y nuestras cenas de confraternización en la planta baja de la iglesia. Mientras estas prácticas se organicen alrededor de la Palabra de Dios, continuarán perteneciendo al universo de las prácticas cristianas. Las prácticas de la fe abren el camino a nuestro corazón, que es donde el Espíritu crea la experiencia religiosa. Lutero era muy enfático al afirmar que éstos dones les fueron dados a los cristianos y aún los poseen. Estos dones no les pertenecían a los sacerdotes, los Papas o los príncipes; si no que les pertenecían a la gente de pueblo que los recibía.

¿Cómo han sido las prácticas de la fe un don para usted?

Lo que Lutero condenaba como salvación por las obras de mérito propio eran las obras que uno elegía, no los dones que Dios elige para nosotros. El hacía una distinción entre las prácticas y las técnicas. Las prácticas son buenas en sí mismas, mientras que las técnicas apuntan a una meta externa como medios para obtener un fin. La mujer a que nos referíamos anteriormente que había elegido orar por sus enemigos, lo había escogido como una técnica para lograr armonía social, no como una práctica. Sin embargo, gradualmente la práctica regular de la oración la absorbió y se convirtió para ella en un bien en sí mismo.

Las buenas obras que nosotros mismos elegimos son técnicas que están dirigidas a complacer o para aplacar a un Dios enfadado: las prácticas son dones de Dios dados al pueblo de Dios. Imaginen al tío que quería enseñar a su joven sobrino a jugar al ajedrez. Como el niño no estaba interesado, el tío hizo un trato: por cada juego que el niño ganara, su tío le iba a dar una golosina de premio. Inicialmente el sobrino

aprendió a jugar al ajedrez como una técnica destinada a obtener golosinas: el ajedrez era un medio para obtener un fin. Luego de un tiempo el juego capturó la atención del niño.

Entonces el ajedrez se convirtió en un fin en sí mismo; en ese momento se convirtió en una práctica. En la medida que jugaba por el solo placer de jugar, su fascinación por el juego lo absorbió y superó su interés inicial de obtener las golosinas por medio del juego.^{iv}

Lutero temía que los cristianos utilizaran las disciplinas espirituales como medios para obtener un fin: como técnicas dirigidas a ganarse la salvación. Al enfocarse en una meta que nunca podrían alcanzar, se desgastarían sobrecargados con el peso de las obras, perdiéndose las maravillas de los dones regalados por la gracia de Dios en Cristo. Esto le había ocurrido en su propia experiencia en el monasterio: la desesperación lo llevó a la fe. Las prácticas como “marcas de la iglesia” difieren de las técnicas espirituales en que son dones escogidos por Dios, dados al pueblo de Dios para la vida en el mundo.

“Cosas Santas” para un “Pueblo Santo”

Lutero caracterizaba la piedad popular de su época como una espiritualidad de un “pueblo santo” y “cosas santas”: santos y reliquias. Los libros de oración ofrecían oraciones a un número de personas extraordinarias y excepcionales. Las cortes y los nobles, coleccionaban reliquias pertenecientes a santos y a mártires, creyendo que al estar en contacto con estas cosas, atraerían sobre sí la “santidad” de las personas de quienes provenían. Cada altar medieval contenía las reliquias de un santo o de un mártir. Las “cosas santas” o los “santos” dominaba el terreno religioso.

¿Cuál es para usted la diferencia entre prácticas de la fe y una técnica? ¿Por qué es importante esta diferencia?

Lutero fue a la vez una criatura de su mundo y el creador de uno nuevo. Él preservó a los santos pero señaló el hecho de que ellos también eran pecadores. Se opuso a definir la iglesia como un lugar o una oficina, restringiéndola a catedrales, oficios y papas. Antes bien la iglesia era “el santo pueblo cristiano” y “la congregación de los fieles.” Esta no era gente excepcional, extraordinaria o muerta; eran los padres, las madres, los niños, los panaderos, los cervecedores y los barberos que llenaban los bancos de la iglesia. Santos y pecadores—éste fue el santo pueblo cristiano y ésta era la iglesia.

Estos santos comunes y corrientes tenían también sus “reliquias” o sus “cosas santas.” Estas eran “las marcas de la iglesia”, regalos que Dios había dado para identificar a la iglesia en el mundo. Finalmente fue el cuerpo de Cristo, no el de Santa Ana o Santiago, el que santificó al creyente. Lutero instó a los cristianos a buscar el contacto con el cuerpo de Cristo a través de sus marcas en el mundo—las prácticas de la fe dadas por Dios.

Piense por un momento en el cuerpo de Cristo como un cuerpo humano; piense en las marcas que tenía en el momento de su muerte. Habían marcas en las palmas de sus manos y en sus pies donde los clavos penetraron. Habían marcas en su costado, donde se le clavó la lanza. El apóstol Tomás no creyó que estaba en la presencia de Cristo hasta que no vio las marcas y puso sus manos sobre ellas.

Lutero no esperaba que ninguno de nosotros fuera mejor que Tomás. Después de todo no somos excepcionales ni extraordinarios; somos santos y pecadores.

Nosotros también necesitamos poner nuestras manos en las heridas del cuerpo de Cristo para saber que estamos en la presencia del Hijo del Dios viviente. Esa seguridad nos es dada en la gracia. Las marcas del cuerpo del Cristo en el mundo, son las prácticas de fe. Ellas nos son dadas para que nosotros reconozcamos el cuerpo de Cristo en el mundo.

¿Dónde está la iglesia para usted? ¿Cómo la identifica?

La Palabra “predicada, creída, profesada y vivida”

En distintas ocasiones Lutero identificó “las marcas de la iglesia” de un modo diferente. Su flexibilidad se adaptaba a situaciones y contextos cambiantes, pero lo central a cada una era la Palabra “predicada, creída, profesada y vivida.” De hecho, Lutero consideraba ésto como la marca más importante de la iglesia: “ ... aún si no hubiera ninguna otra señal aparte de ésta, sería suficiente para probar que gente cristiana y santa deben existir allí...”^v Las otras marcas de la iglesia giran alrededor de la Palabra como planetas alrededor del sol.

Lutero no restringió la actividad de la Palabra a un sermón, las Escrituras o los sacramentos, más bien esperaba que los creyentes encontraran la Palabra en ellos. La familiaridad con la Palabra, según es predicada y compartida en la iglesia, ayuda al creyente a identificarla en cualquier otro lado porque la Palabra estaba presente en todos lados: la Palabra predicada en la oración privada (y Lutero instó a su barbero a que la escuchara);^{vi} la Palabra predicada en las obras del llamado del cristiano y en las herramientas que utiliza para llevarlo a cabo, como él mismo enfatizó en sus escritos sobre el Sermón del Monte:

“Si usted es un trabajador manual, encontrará que la Biblia ha sido puesta dentro de su taller, de sus manos y de su corazón. Enseña y predica cómo debe tratar a su prójimo.

Si no, mire a sus herramientas—a su aguja o a su dedal, su barril de cerveza, sus posesiones, sus balanzas o su norma y sus medidas—y usted verá esta afirmación inscrita en ellas.

Mire donde mire, se le aparecen. Nada de lo que usted hace cada día es tan pequeño como para no repetirle ésto constantemente, si usted sólo escuchara. En efecto no hay escasez de predicación. Hay tantos predicadores como usted tiene transacciones, posesiones, herramientas y otro equipo en su casa y en su hogar. Todo ésto está continuamente diciéndole: ‘Amigo, úsame en tus relaciones con tu prójimo del mismo modo que quisieras que tu prójimo usara sus propiedades en su relación contigo.’^{vii}

*¿De qué manera está usted “predicando” en su vida?
¿Cuál es el mensaje que usted da?*

En su consejo, Lutero reflexionó sobre las ocupaciones de la vida diaria tanto de los hombres como de las mujeres: de todo desde dedales y agujas hasta balanzas y medidas. Nosotros podríamos agregar a ello algunas herramientas modernas: computadoras y pizarrones, mapas y cepillos de restregar, reglas y compases, libros para colorear y triciclos. Cualquiera fuere la herramienta, el punto es el mismo. Si nos detuviéramos a escuchar, encontraríamos a la Palabra rodeándonos. La presencia de la Palabra “predicada, creída, profesada y vivida” es la señal de la presencia de la iglesia en el mundo.